

# LA VISITACIÓN: UN LARGO CAMINO CON Y HACIA LA TIERRA

P. Gregory Kenedy, SJ\*

## Resumen:

Caminar es más que cortar la distancia; hecho bien, caminar es contemplar. Y hecho aún mejor, caminar es consagrar. Así fue con María, en ruta a la casa alejada de Isabel, la personificación de la Tierra estéril que, por una inesperada colaboración divina-humana, se hizo fértil. Caminando, María también se consagra al cuidado de la vida milagrosa en su vientre, una vida que, por su parte, santificaría la Tierra entera

\*\*\*

*En la casa escondida  
En el gozo silencioso  
Espera la vida nueva*

*En el camino corriendo  
En un cuerpo comprensivo  
Se echa la vida nueva*

*La tierra se levanta  
Y sale afuera de prisa  
La tierra se levanta  
Y se abraza a sí misma*

*Los que tengan oídos  
Que escuchen  
Que se agachen  
Que coloquen  
Su cabeza al lado del suelo  
Para sentir los saltos  
De la nueva vida*

---

\* Es sacerdote jesuita de la provincia de Canadá. Tiene doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa y actualmente está terminando una maestría en teología en la Pontificia Universidad Javeriana. Se interesa principalmente en la eco-teología y la eco-espiritualidad.

*En la ternura torturada  
Del viejo vientre.*

### 1.1 María: con la Tierra

“Entonces María se levantó y se dirigió apresuradamente a la serranía, a un pueblo de Judea” (Lc 1, 39).

Apresuradamente, aprisa, de estampida, al escuchar la buena noticia acerca de su pariente Isabel, María no tardó en ponerse en camino, con afán, rumbo a las cordilleras. Nosotros acostumbrados al transporte rápido, posibilitado por el motor de combustión interna, imaginamos a María, apurada, saliendo a toda velocidad de Nazaret para llegar a un pueblo común y corriente de Judea, en una nube de polvo y con las ruedas chirriando. Cuando leemos en Lucas la palabra “apresuradamente”, bien sabemos de qué se trata, ya que habitamos un mundo sumamente acelerado.

Pero, resulta problemático proyectar nuestra propia realidad en la de María, o cualquier otra. Si vamos al caso, no se sabe a ciencia cierta cuál era el pueblo de Isabel, pero se calcula que podía quedar por lo mínimo, a cien kilómetros de Nazaret. Es decir,

más de dos días caminando a paso ligero. La llegada, casi instantánea, que imaginamos desde nuestra perspectiva motorizada, en realidad se prolongó decenas de horas. Lo que brindó a María bastante tiempo para rumiar, maravillarse y asombrarse (por no hablar de solearse) de todo lo que le estaba pasando.

Tenemos que mirar a María andar con una cierta calma, porque la prisa inicial de la salida debió sosegarla, después de varias horas de camino. Entonces, la encontramos contemplando campos de trigo dorados, cruzando pueblitos adormecidos, saludando a los campesinos agachados en el acto del cosechar, gustando el sentir de un cuerpo robusto en pleno movimiento. Siempre con los ojos puestos lejos, en la bella serranía que paso a paso se iba acercando.

Para no caer en otra trampa de la proyección equivocada, en este caso, la del romanticismo, hemos de tener en cuenta también lo difícil del viaje. La fatiga, la sed y el hambre; el temor de ser una joven desprotegida y medio forastera, dentro de una sociedad machista y punitiva hacia las mujeres. Pese a tales aspectos peno-

sos, no se puede negar la alegría que impregna el relato de Lucas. Al llegar María, Isabel y su bebé, *in utero*, manifiestan un gozo descomunal, que en seguida contagia a la recién llegada. Si el viaje hubiera sido puramente desagradable, fastidioso, e insoportable, es poco verosímil que el primer encuentro hubiese sido tan jubiloso.

De lo anterior, se concluye que María camina con afán, pero sin la prisa con que hoy en día vivimos. Su contacto corporal con la tierra, su paciencia frente a la distancia, que no se deja borrar de manera fácil y sin esfuerzo físico, su apertura espiritual de ser llevada en el camino por los pequeños y fascinantes eventos naturales (una parvada de pájaros, levantándose de un conjunto de arbustos, con sus cantos estridentes; una nube con la forma de un camello, transformándose lentamente en un pez; un rebaño de ovejas cruzando la carretera) que suceden todos los momentos, pero casi siempre, más allá de la atención nuestra, hacen a María una contemplativa activa, una mística capaz de festejar a Dios. El artista de la misericordia,

se ocupa de elevar a los humildes seres, sean de la especie humana o cualquier otra.

Así se puede entender el Magníficat -ese cántico “revolucionario, porque al reflejar las convicciones de un alma libre y liberada invita también a una auténtica liberación;<sup>1</sup> liberación de unas estructuras injustas que por y en nombre de Dios mantienen al pueblo sumido en la discriminación, el hambre y el abandono”<sup>1</sup>- no como una exclamación completamente espontánea y sin precedentes en la vida de una muchacha, sino como la expresión de una creencia bien pensada y desarrollada durante extensos ratos de reflexión, tiempo otorgado por largas caminatas campestres.

La experiencia mística de María camino a la casa de Isabel, refuerza una convicción mía de que el mundo sería mucho más pacífico, placentero, próspero, piadoso, y propenso a una convivencia sana con todo lo creado, si camináramos con más frecuencia y con menos fastidio. El cuerpo humano está hecho para caminar, y funciona mejor, física, mental, psi-

---

<sup>1</sup> Luis Alonso Schökel, *La Biblia de nuestro pueblo*, Bilbao: Ediciones Mensajeros, 2013. p. 1620.

cológica y espiritualmente, cuando disfruta de la oportunidad de poner en práctica su naturaleza. En el acto de andar, se unen integralmente todos los componentes de nuestro ser; lo trascendental y lo terrenal se juntan; van codo a codo, cuerpo-espíritu, dejando al lado el dualismo dañino entre los dos, inventado por una falsa filosofía sedentaria.

La conjunción material-espiritual que es el caminar, también es la confluencia temporal-espacial. Asimismo, el papa Francisco expone el “primer principio para avanzar en la construcción de un pueblo: el tiempo es superior al espacio. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos... Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación”<sup>2</sup>. Por muy sugestiva que sea esta afirmación, el caminar nos enseña que no es tan cierta. En efecto, caminando, nos damos cuenta de que el tiempo y el espacio son inseparables y se promueven mutuamente.

No existe mejor escuela para transmitir la sabiduría de no obsesionarse por resultados inmediatos, que el caminar. Pues, el caminar sin prisa pero con propósito, nos hace comprender que toda llegada exitosa, conlleva un proceso. Son los carros y aviones los que nos instruyen que podemos conseguir nuestro destino de una vez, sin negociar con la distancia y las dificultades. Es el motor de combustión interna, sin duda una potencia poderosa y provechosa, el que nos hace imaginar que podemos “tener todo resuelto en el presente”, porque vence el espacio de un solo golpe duro, sin dejarnos asimilar corporalmente los cambios asociados con todo desplazamiento.

Como prueba de la alianza y la paridad primordial, reconocidas en las caminatas, entre el tiempo y el espacio se presentan la desesperación y la furia, generadas por los trancones de tráfico en nuestras ciudades. Pocas cosas nos sacan la piedra, como el ser encarcelado en un carro que, por su parte, es preso de una fila estancada e infinita. Eso es insostenible, exasperante, verdade-

---

<sup>2</sup> Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2013. #222-223.

ramente enloquecedor. ¿Por qué? Precisamente porque la solidaridad primitiva entre el tiempo y el espacio se ha deshecho. En este caso, el tiempo sigue adelante, pero el espacio queda estático. El alma quiere echar a correr, pero el cuerpo se encuentra encadenado. Pues así, divididos entre el deseo y la impotencia, empezamos a creer que el espacio es enemigo del tiempo, y que el cuerpo solamente frustra el alma.

En cambio, no es así cuando caminamos. Por el contrario, el espacio y el tiempo avanzan juntos una vez emprendida la caminata. Tal reanimación de la convergencia originaria entre los dos, nos “ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad”<sup>3</sup>. Por ser una peatona muy práctica en su tierra, María cultivaba una paciencia celestial que le permitía vivir con calma y fe varias adversidades asombrosas, incluso el asesinato aterrador de su propio hijo.

## 1.2 María: hacia la Tierra

La Visitación nos debe llamar la atención no sólo por el modo

del desplazamiento optado por María, sino también por su destino. María no se echó a andar meramente para dar un paseo contemplativo. Su meta era fija, a saber, la persona de Isabel. Dicha persona había sufrido mucho por no tener hijos (Lc 1, 7, 25). Su supuesta esterilidad la había hecho un objeto de pena, desprecio, y reproche. No servía como esperaba la sociedad machista, no daba la talla, no producía los bienes (herederos varones) que el patriarcado le exigía. A pesar de la fidelidad a su marido y a Dios, vivía una humillación constante.

Semejante personaje, ya resignado a su posición marginal y a su piedad periférica, no se suele visitar. ¿Para qué? ¿Para recordar lo amargo de la vida? ¿Para presenciar el fracaso? ¿Para compartir lágrimas ajenas? No, mejor guardar una distancia sana.

No obstante, María se levantó y se dirigió apresuradamente a Isabel, aun cuando la noticia del embarazo de ésta todavía permanecía desconocida públicamente. Confiando en la vida, una vida contradictoria a toda evidencia racional, María se atrevió a creer en una fecundidad inverosímil y

<sup>3</sup> Francisco, *Evangelii gaudium*, #223.

se apresuró a cuidarla. Muchas otras personas hubieran descalificado el anuncio del ángel como un mero sueño y lo hubieran dejado ahí, mientras que María se puso a caminar.

Todas esas horas a pie bajo el sol y la luna, ese largo acercamiento paciente pero emocionante, iba preparando a María para celebrar la vida prometida a Isabel. Efectivamente, se le iba aclarando a lo largo de la caminata que Isabel misma, la vieja estéril, es Tierra, ya que todo el desdén y abuso sufrido por la mujer infecunda, también lo sufre la Tierra.

De hecho, es el frenesí de hacerla producir lo que la va esterilizando. Tanta presión, tantas expectativas exigentes, tantas demandas de producción por parte de la sociedad patriarcal resultaban contraproducentes respecto a Isabel, y no menos respecto a su hermana la Tierra. La ansiedad y el rechazo social sólo servían para incapacitar más, el útero frágil de Isabel. Asimismo, estamos aprendiendo, infelizmente tarde, que los fertilizantes petroquímicos, los pesticidas tóxicos, los monocultivos, la táctica de tierra quemada, a la que la agro-

industria somete a todas las especies nativas, genéticamente no modificadas, acaban por secar y cerrar la matriz de la Tierra.

Tanto Isabel como María aceptan una fecundidad inesperada, imprevisible. Una anciana y una adolescente soltera no deberían estar encinta; no cabían en los esquemas de producción de la sociedad. Pero el Espíritu, poco cortés en cuanto a las costumbres y reglas humanas, arrasó los esquemas establecidos, para dar a la luz del día nuevas posibilidades tercamente negadas por el *statu quo*.

El mismo Espíritu, todavía maleducado, hoy nos echa en cara e interroga, si nosotros, los consumidores globales, tenemos la fe suficiente para creer y crear modelos económicos y productivos inéditos basados en la cooperación y no la competencia; en el bien común, no el provecho privado; en la ternura generosa, no en el exprimir tacaño. ¿Somos capaces, como lo eran María e Isabel, de afirmar lo que parece absurdo e inviable desde la perspectiva de la sociedad corriente? O sea, en nuestro caso, la cultura capitalista-extractivista, que interpreta el

mundo como si fuera no más que, una gran bodega de recursos para explotar.

Es aquí donde hemos de escuchar el famoso “sí” de María, ya no como una respuesta puntual, dada sólo una vez al ángel Gabriel en el momento decisivo, sino, más bien, ella lo iba pronunciando a lo largo de todo el camino, hacia la serranía, donde Isabel. Porque en su propio cuerpo, joven y vigoroso, sentía las semillas de una nueva forma de vivir en la tierra, una forma sumamente creativa y amorosa, que se trata de la convivencia del propio Creador con y en su creación. María seguía diciendo “sí” a cada paso, en esta invitación divina a colaborar en el crear y cuidar el mundo.

Por eso, salió María con tanta prisa a visitar a su pariente mayor, para cuidar la vida que brotaba en ella. El coro del “sí” cantado por María e Isabel es un himno que da a conocer una nueva relación con la Tierra. Esta relación incipiente se destaca por la novedosa actitud humana que se juega dentro de ella. Al contrario de la postura agresiva, antropo-

céntrica y altiva, cimentada en la cultura patriarcal, la actitud de María es afectuosa y encaminada a las necesidades de la otra. No esperaba que Isabel llegara, sino que hizo el esfuerzo de ir a encontrarla donde estaba. Allí se dedicó a cuidarla, aliviarla y arreglar las condiciones domesticas para que el hogar fuera lo más propicio para el florecimiento de la vida.

Vista así, la escena de la Visitación con su banda sonora de la canción del “sí”, nos muestra cómo nosotros también debemos actuar ante la promesa de la vida plena, que el Espíritu no para de darnos en su manera sorprendente, o mejor dicho, original. No nos podemos quedar pasivos, esperando hasta que la creación se arregle para acomodarnos. Tenemos que salir al encuentro, buscar la creación para pasar tiempo con ella cuidándola. Nuestro encuentro con ella puede ser en una huerta, un jardín, un árbol, un edificio construido en “el servicio a otra belleza: la calidad de vida de las personas, su adaptación al ambiente, el encuentro y la ayuda mutua”<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Francisco, *Laudato Si*, #150.

Al mismo tiempo, nosotros como colectivo cultural, también tenemos que salir al encuentro, dejando atrás las comodidades de nuestro domicilio consumidor, que hemos amoblado con muchas cosas innecesarias. Encontrarnos con la vieja Tierra Isabel para cuidar la vida nueva formándose en ella, nos obliga a salir de la presunción del derecho a poseer cualquier cosa que podamos permitirnos. Visitar a Isabel la Tierra es acomodarnos a ella, a como ahora es y a como quiere ser más adelante. Por desgracia, llevamos demasiado tiempo constriñéndola a que se ajuste a nuestro gusto, incluso en su propia casa.

### 1.3 Conclusión

Ni el camino hacia la Tierra vieja embarazada con vida nueva, ni la Visitación misma, en la que nos quedamos cerca a ella para cuidarla y celebrar esta promesa tremenda en formación, no tiene ninguna conclusión. Si queremos ser portadores, como María, del amor divino, no podemos

dejar de caminar, literalmente, con cariño en la Tierra. Caminando, o sea, reconciliando el falso antagonismo entre el espacio y el tiempo, nos hacemos tierra tierna y paciente, para recibir la encarnación redentora. Por otra parte, si queremos colaborar en la proclamación de la redención, si queremos celebrar la vida nueva prometida, no podemos dejar de estar con la Tierra, la querida anciana llena de creatividad. Después de todo, ella es nuestra familiar; compartimos la misma sangre.

En últimas, no hay conclusiones. No se puede concluir. Pero sí, hay que caminar. Sí hay que visitar la vida poco verosímil, trayendo una fe que acepta que el Creador se ha hecho parte de la creación y que jamás deja de soplar su Espíritu renovador en el vientre de la Tierra. Sí, hay que cantar “sí” sin cesar a una incipiente solidaridad creacional hasta que el nuevo cielo y la nueva tierra den a luz.